

volución, la disidencia y el exilio. Así, *Tumbas sin sosiego* expresa la tensión entre el anhelo de reconciliar la nación para constituir un orden político plural, por un lado, y el convencimiento de que las instituciones políticas cubanas no incluyen esa diversidad, por el otro.

Por momentos, el texto es abigarrado y laberíntico. Sin embargo, es posible subrayar cuatro aspectos. En primer lugar, presume una acuciosa investigación de libros, revistas y sociabilidades de las elites intelectuales, tanto de la isla como de la diáspora. En segundo lugar, la obra posee un armazón teórico que a veces raya en el pastiche. En efecto, sus referencias dan cita por igual a estructuralistas (Todorov) y a posestructuralistas (Foucault, Deleuze y Derrida) como a teóricos de la hegemonía (Gramsci) y de la posmodernidad (Habermas y Lyotard), pero la posible falta de cuidado en este sentido enriquece la problemática de la obra.

En tercer lugar, debe notarse una profunda convicción liberal recelosa de las utopías y de las filosofías de la historia. Consciente o no, Rojas abandera la presunta perfectibilidad de la representación política y la bondad de las libertades civiles. Al mismo tiempo, hace eco de la tesis de Fukuyama de fin de la historia al suponer que los cubanos que habitan la isla son exiliados del tiempo. Pasó por alto que no existe una linealidad en el devenir histórico, al ser presa de metanarrativas de la modernidad, como nacionalismo, republicanismo y liberalismo.

Por último, y quizá sea la parte más valiosa, Rojas invita a la reflexión en torno a problemas de identidad, memoria y nación en los albores del siglo XXI. Aquí se muestra desconfiado del nihilismo y del multiculturalismo, una vez más, en nom-

bre de un republicanismo tolerante y reconciliador. En este sentido, muestra la falta de consenso —pues ni siquiera existen las posibilidades para lograrlo— en torno a la cubanidad: hay una guerra cuyo campo de batalla rotula el castrismo totalitario, los intelectuales tanto de la isla como de la diáspora, las políticas de Estados Unidos y la opinión internacional. En efecto, el punto de arribo de *Tumbas sin sosiego* es la invocación a una narrativa que dé paso a la conciliación, en lugar de abonar a favor de “relatos excluyentes e irreconciliables de un pasado común” (p. 378).

Siguiendo las pautas de Rafael Rojas, resta por estudiar dos procesos: por un lado, la construcción social de la idea de revolución cubana y, por el otro, la generación de una tradición revolucionaria que expresa la memoria mediante historiografía, monumentos y museos. En pocas palabras, es necesario seguir los caminos que plantean el tipo de comunidad nacional que será imaginada (Anderson) y la tradición que será inventada resignificando el pasado (Hobsbawm).

Diego Pulido Esteva
 INSTITUTO MORA

Mabel Moraña y Ma. Rosa Olivera-Williams (eds.), *El salto de Minerva. Intelectuales, género y Estado en América Latina, Iberoamericana/Vervuert*, Madrid, 2005 (Nexos y Diferencias, 14).

I

Una mujer y su hijo “dogmáticamente anticarnívoro” entran a un comedor vege-

tariano en una calle apartada de la ciudad de Cuzco para comer platillos caseros de la cocina peruana y observan divertidos que las paredes están decoradas con dibujos de estrellas, soles y platillos voladores. La diversión se torna en asombro cuando se dan cuenta de que están en la sede de una secta de la revelación divina llamada “Alfa y Omega”, cuyos símbolos centrales son el Cordero de Dios y el platillo volador y que sirven de foro terrenal para que el Padre Eterno envíe mensajes telepáticos en los que explica entre otras cosas el origen, la causa y el destino de todas las cosas conocidas y desconocidas.

Un fraile franciscano orgulloso de su origen americano funda y dirige, absolutamente solo, catorce periódicos en un lapso de diez años, entre 1819 y 1829, fundando una tradición que feminiza el debate de la época y con ello inventa múltiples voces de mujeres que se instalan en el espacio público de aquel periodo, tales como Doña Desideria del bien común; Doña Justicia seca; Doña Justa exigencia; Doña Destetaniños y Doña Cuán fácil es sorprender la Buena Fe de las señoras.

Una mujer se niega a resignarse ante la desaparición y asesinato de su padre por parte de la dictadura militar en Argentina y reconstruye su identidad y sus vínculos afectivos con fotomontajes compartidos con la figura paterna, en los que recrea lo que ella llama una “arqueología de la ausencia”. Su ejemplo cunde y da lugar al registro colectivo de muchos HIJOS que han tenido que padecer esta injusta condición en las últimas décadas.

Otra mujer muere de tuberculosis en 1917 a los 28 años de edad, y el registro de su propia enfermedad le permite constatar el mapa de dolor característico de mujeres y niños proletarios que se pudren

en vida en talleres y fábricas urbanas en el Buenos Aires de principios del siglo pasado y que nos remiten casi inevitablemente a nuestras muertas de Juárez.

Un prócer de la ciencia y la recuperación del patrimonio arqueológico de la nación exhuma una noche de luna el cadáver de su “amigo” Sam Slick, un indio tehuelche de la Patagonia, y lo consigna para su conservación a un museo de antropología, a pesar de que en su último encuentro el indio se había negado a emprender un viaje juntos unos días antes, alegando sabiamente que el científico quería su cabeza. El prócer registra después el hecho en su diario: “Su destino era la vitrina.”

Un gaucho judío emprende una hazaña literaria y construye una ruta distinta para incorporar a su gente a un futuro prometedor que los aleje de un pasado opresivo y un presente incierto amenazado por el autoritarismo, y con ello consigue crear un espacio para el respeto a la diferencia como el antídoto necesario contra cualquier proyecto dogmático y oficialista.

El cadáver de una mujer es embalsamado para ser expuesto al respeto y la veneración pública. Después es secuestrado, vejado y ocultado con un nombre falso en un lugar distante para evitar que algunos grupos lo utilicen como símbolo. Finalmente es trasladado de nuevo a su país y enterrado en un cementerio que es en sí mismo símbolo de la historia política de una nación que con sus 30 000 desaparecidos aún no ha podido enterrar a sus muertos.

Estas son algunas de las *historias extraordinarias* (en el sentido de Edgar Allan Poe y de Julio Cortázar) que atraviesan esta sugerente colección de textos y que invitan en todo momento al asombro y al mismo tiempo a la lectura y a la discusión crítica.

II

En marzo de 2003, en la ciudad de Dallas, Texas, en el marco del XXIV Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA), un grupo de mujeres se reunió para discutir distintas propuestas alrededor del tema de los intelectuales, el género y el Estado.

En una revisión personal y no exhaustiva, considero que sus relatos pasan por las siguientes zonas fronterizas, siempre bordando la sutil línea de la intertextualidad, que abarca, entre otras muchas cosas:

El vínculo entre el nacionalismo y la corporalidad.

El mecanismo de la abyección como resorte crítico para reconstruir estrategias de resistencia.

La monstruosidad y lo grotesco como dispositivos para interrogar discursos oficiales.

La enunciación de distintos lugares problemáticos que se vinculan a experiencias que se encuentran en tensión con su realidad política y cultural.

La crisis de los grandes relatos con sujetos únicos y la proliferación de voces múltiples con distintos polos de atracción.

El rescate del análisis de lo biográfico como punto de partida para evidenciar los límites de nuestra realidad global, en la que los mecanismos de exclusión forman parte de la cotidianeidad de amplios sectores de la población.

III

Considero que un elemento reiterativo, presente en una buena parte de los textos, tiene que ver con los usos y las manipulaciones de las imágenes y, en particular, de

las fotografías. Por ello conviene detenerse en los siguientes puntos:

La fotografía como testimonio político del reclamo. Nora Domínguez se plantea el problema de la ausencia y la fotografía como huella de una ausencia familiar que se vuelve socialmente significante. Los rostros de los desaparecidos que retornan una y otra vez a través de las más distintas estrategias de recuperación personal y comunitaria. La fotografía como negación del olvido y reinvenición de la memoria.

La fotografía como recurso del poder. Sylvia Molloy desmenuza la construcción de imaginarios nacionales y su relación con la corporalidad. La resistencia indígena a la captura fotográfica como prisión de los cuerpos y las almas. La subordinación de la imagen al andamiaje antropométrico y evolucionista que, ante la imposibilidad de comprender, sólo clasifica.

La fotografía como constructora de mitos y canonizaciones laicas. Alicia Ortega y Susana Rosano analizan el tránsito que va de las representaciones fotográficas de la actriz Eva Duarte a María Eva Duarte de Perón, la "Señora". Los intentos del gobierno peronista por censurar la circulación de fotografías de la Eva actriz a raíz de su muerte para borrar su pasado plebeyo, y otras imágenes como punto de partida para que el embalsamador reconstruya virtuosamente a la creatura "etérea y marfilina", para que el cuerpo imite al archivo fotográfico y lo asimile hasta sus últimas consecuencias, mostrando la manera en que se ha llenado con los deseos, las creencias, los miedos y las fantasías de una colectividad.

La fotografía como *performance* narcisista, al mismo tiempo escatológico y necrofílico. Diana Niebylski comenta la serie de fotografías en las que la artista Hanna

Wilke registró el avance del cáncer de mama que terminó con su vida. Testimonio mordaz y ejercicio catártico para los testigos que sobreviven a la autora.

La fotografía como símbolo del estado de ánimo de un sector significativo de la nación, como cuando Clara Szczaranski, presidenta del Consejo de Defensa del Estado chileno, asume su melancolía y depresión y modifica la portada del libro que imprime su testimonio y coloca una fotografía en blanco y negro como retrato subjetivo del aura melancólica en vez del color festivo pero vacío de una transición política que, como señala Nelly Richard, recicla sin distinguir la variedad de las ofertas y convoca a una reconciliación ficticia que disuelve el peso de las contradicciones históricas en los flujos amorales del consumo inocuo de novedades.

Estos ensayos nos muestran de manera crítica algunas de las formas en que las fotografías son representadas y el proceso en el que forman una parte importante de la construcción de símbolos. Esta lucha por las imágenes en una cultura hipervisual está inscrita en los debates actuales sobre los usos del poder y la reivindicación de caminos alternos que pasen por la diferencia y la pluralidad.

IV

María Cristina Iglesia, una de las autoras del presente texto, se pregunta en algún momento: ¿por qué avanza este siglo inútil, si todo lo demás se ha detenido?

Este conjunto de ensayos nos proporciona una respuesta, siempre fragmentada, discontinua y parcial: estamos frente a distintos procesos subterráneos que afectan la articulación de espacios públicos y privados, políticos e ideológicos, afectivos y éticos.

Así pues, todos estos relatos e identidades muestran de manera clara la imposibilidad de establecer fórmulas únicas para marcar agendas específicas sobre los estudios de género.

No estamos únicamente frente a un discurso de carácter convencional sino, ante todo, de una crítica del poder, en su sentido más amplio. O lo que es más directo: un cuestionamiento radical de nuestros hábitos y de todo tipo de certidumbre, tanto masculina como femenina.

Alberto del Castillo Troncoso
INSTITUTO MORA